

De la soledad y otros rincones

Facundo S. Barreto



DE LA SOLEDAD Y OTROS RINCONES

Facundo S. Barreto

Capítulo 1

Pocas cosas logran capturar la esencia de la soledad como esa esquina de la habitación en la que descansaba una máquina de escribir Remington que esperaba, por años, al escritor que pudiera concretar junto con ella la primera historia, y dar vida así a una literatura que sin saberlo ya existiría entre esos muros. Podía entender a lo que se refería Mauricio cuando me había contado que en esa casa había una energía especial impresa en las paredes, sobrevolando el aire de la cabaña. Era imposible reprimir la melancolía que me atacaba al ingresar a esa cabaña. Mientras más pasos daba, adentrándome en ella, más fuerte eran la tristeza y la desolación, la sensación del vacío inminente en alguna parte de mi anatomía, existente desde quien sabe cuándo, latente, esperando que algún día un descuido la convocara entre susurros, la guiara hasta la salida, y entonces ahí, parado frente a la puerta de madera resquebrajada y vieja, flotaba sobre el aire la verdad inminente que me definía, la misma que habría definido a Mauricio un tiempo atrás, y que nos definía a todos, de alguna forma. Sin embargo, aun sintiendo avanzar la opresión en mi pecho, aun contemplando crecer el silencio en mi interior, en ese lugar parecía ser capaz de abrazar la soledad y la tristeza sin temor a desfallecer, puesto que el propio aire y las paredes (en una de las cuales había impresos cinco diminutos agujeros que tiempo atrás habían despertado el interés del propio Mauri y que jamás llegaré a comprender la importancia misteriosa que los mantuvo en mi memoria con vida tanto tiempo) parecían respirar de esas emociones haciendo que se dispersaran por todos los cuartos, y de esa forma podía uno sentir que compartía una parte de la vida con esa casa tan alejada de la civilización.

Estaba ubicada a los pies de las montañas que bordeaban la ciudad de Calisto, sobre una pequeña colina que permitía ver con claridad el camino de entrada que se apartaba de la ruta a unos 15 km de allí. Era una soledad casi anunciada, y bien sabía que era eso lo primero que había llamado la atención de Mauricio, pero aun así me había sorprendido la primera vez que lo mencionó. «Me mudaré pronto», me había dicho entre las incoherencias de una conversación de madrugada, y siendo esa la tercera vez que lo decía en al menos cinco años, y considerando el contexto en el cual lo confesaba, caí en la costumbre de asumir que pronto se olvidaría de la idea. Sin embargo, esa vez, diferente a todo lo que había sido antes, desatendiendo la rutina y satisfaciendo al tiempo mientras salía de un camino circular que siempre lo guiaba hacia el mismo lado, sucedió. A los quince días de su inesperado anuncio prosiguieron unas igualmente inesperadas despedidas. «Te despides como si fueras a internarte en la selva», hubo de responderle uno de sus amigos, mientras me observaba desconcertado buscando en mis ojos la respuesta que las palabras de Mauricio jamás darían, pero en la sonrisa de él podía verse

que en cierta forma así lo era. Había llegado el tiempo.

En esos días estaba ocupado tratando de buscar un trabajo en algún lugar del pueblo que me permitiera establecerme ahí y no tener que emigrar en busca de un lugar donde fuera útil para algo. Mauri comprendía esto, razón por la cual no me insistió en que lo ayudara en la mudanza, aunque aun así lo hice no solo para ver la extraña casa a la que se iba a mudar y poder alimentar mi curiosidad por su futuro, sino para postergar lo más posible la despedida de un amigo que había crecido conmigo y era más viejo que cualquiera de las personas que conocía exceptuando a mis padres.

En ese entonces Calisto estaba transitando por tiempos de cambios, con el nuevo gobierno que venía a llenar nuestras cabezas con ideas revolucionarias y la mentalidad del propio pueblo que comenzaba a creerse mucho más de lo que acaso fuera posible ser. Era normal que Mauri jamás se hubiera atrevido a confesar que la razón por la cual se mudaba era para encerrarse a sí mismo en la soledad más oscura de forma que pudiera dar vida a cuantos relatos y novelas sobrevolaran su mente, desde las ideas más realistas hasta las más extravagantes. Mauricio Garner era un escritor en la noche, y un don nadie durante el resto del día, un hombre dedicado al único placer terrenal de leer novelas hasta pasada la tarde con el objetivo claro de concebir un par de palabras que pudiera garabatear en algún cuaderno viejo durante la noche con el solo fin de calmar sus más íntimos impulsos. Con claridad, esto no despertaba en las personas de su círculo más que preguntas sobre su incierto porvenir, incluso algunos se atrevían a anunciarlo con claridad. «Vas a morirte de hambre», le decían, como si creyeran que al pronunciar las palabras lograrían cambiar algo en la cabeza de Mauricio Garner, un hombre ya de por sí terco y decidido. Una combinación que resultaba fatal.

Otros más acertados en la materia, como si hubieran visto algún indicio del futuro a través de sus sueños o mediante extrañas e impredecibles señales, habían confesado a Mauri estar muy preocupados por él. «Nos preocupa que te mueras en esa casa, solo, triste, y sin poder terminar nada de lo que te propones», dijeron. Hoy me pregunto si habrá sido un misterio de esos que jamás se responden, un juego de alguna voluntad mayor, o acaso una simple coincidencia atroz.

Aún con todas las advertencias y todas las propuestas de trabajo, y las intenciones de ayudar de las personas que con claridad no lo comprendían, Mauricio se mudó a su nueva casa dos días después. La noche anterior nos quedamos conversando de cuanta filosofía se nos ocurriese, fue ahí que dimos por una casualidad de inocencia sospechosa con las reflexiones sobre la política y la ideología del pueblo, que ya en ese entonces se podía oler en el aire como injustificada y vacía. Creíamos, y me sorprende hoy al recordarlo por la crueldad de la relación, que tarde

o temprano los pueblerinos se despertarían con la certeza de saberse satisfechos y triunfadores, debido a que vencería de esa forma el partido político que les había prometido todos y cada uno de sus sueños de grandeza, pero que entre toda esa espesa nube de ensueño que los encerraría en la excitación de creerse superiores, algunos distinguirían un aroma al comienzo sutil de que toda esa irrealdad no había sido más que un sueño, y comenzarían a despertar, uno a uno, y se verían confundidos, traicionados. «Aunque está en nuestra naturaleza no aceptar la verdad tal y como nos llega hasta las narices, sino que la ignoramos cuanto podemos, la apartamos a un lado e intentamos seguir el camino sin prestarle atención, sin querer reconocerla», había dicho entonces el joven escritor. Sabíamos, como solo saben los que se arriesgan a aventurarse en las imprecisiones del futuro, que el mismo pueblo comenzaría a hundirse solo, primero defendiendo al poder cuya mano disfrutaba de aplastarlos con una lentitud tan cínica como sigilosa, y pronto atacándose a sí mismo, intentando vencer a esos pocos que comenzarían a despertar del letargo de la ciudad ideal que les habrían vendido mucho tiempo antes durante las elecciones.

Si Mauricio estuviera hoy aquí, viendo los conflictos a los que Calisto se vio arrastrada, se reiría como solo puede hacerlo aquél que predijo de antemano una crueldad que acaso creía (o intentaba convencerse de hacerlo) fuera de toda posibilidad. No es que lo hubiéramos deseado (aunque debo admitir que en este punto me siento en parte así), pero la verdad es que las señales ya estaban ahí impresas en alguna parte, tan sutiles y tan etéreas que solamente un escritor como mi primo, atento a los detalles más ínfimos, acostumbrado a reconstruir con moléculas de nuestra propia alma las verdades que nos constituyen, podría haberlo notado entonces. O tal vez no.

El día que viajamos hasta la cabaña tuvimos la mala idea de hacerlo pasada las cuatro de la tarde, en parte porque yo solamente podía en ese horario, en parte porque Mauricio había acabado de empaquetar sus libros y guardar todo lo que deseaba llevarse para esa hora. Era una tarde calurosa, la humedad hacía imposible la idea de una piel sin una gota de transpiración. Parecía, por si fuera poco, que pronto se aproximaría una tormenta, comenzaba a notarse en el leve viento que nos recibió apenas al llegar. Quién sabe, en aquél entonces no hubiera podido jurar ni se me cruzaría por la cabeza pensar en todo eso como un anuncio tan visible y a la vez tan sutil.

Confieso que estaba igual de entusiasmado que él, tal vez incluso más, por conocer esa casa tan apartada del pueblo que recibiría a mi mejor amigo y primo (en ese orden) desde ese entonces, si bien Mauricio ya había comenzado a demostrar un aire solitario y apartado en la adolescencia cuando prefería encerrarse a leer en su cuarto antes de salir de joda o tomarse algo con los amigos que teníamos en común hasta quedarnos borrachos de juventud, si bien a medida que había ido

creciendo había ido olvidando las costumbres de visitar la casa para quedarnos hasta tarde sin hacer nada más que charlar sin sentido y por placer, y había ido dejando en un baúl de su memoria los sentimientos más humanos y desterrando los placeres más terrenales hasta el punto de alcanzar el auge de ese camino que no habría sabido determinar en qué punto decidió recorrer por su cuenta, nada más que a los veintitrés. Aun así, todo esto de la soledad en una vieja cabaña alejada de medio mundo, olvidada por la civilización, me parecía tan fuera de sí como saber que se mudaría allí para escribir lo que hacía tiempo estaba deseando. No es que toda esta escena de ermitaño se alejara de la imagen ya bastante fiel a la realidad que tenía de mi primo en ese entonces, pero de todas formas... quién sabe. No me lo habría esperado nunca.

Apenas vislumbramos el camino, aceleré sin dar un respiro para arribar lo más pronto posible. «Ahí está, primo», le dije. «Tu nuevo hogar.» No podía observar su rostro, pero estaba seguro de que sus ojos estarían brillando al igual que los míos. Era preciosa, y aún contrastada por el cielo oscurecido que tenía pintado detrás, aun dejando en el cuadro el lúgubre árbol seco que acompañaba en su soledad a la cabaña, tenía en su estructura, en alguna parte de sus maderas viejas y resquebrajadas, una belleza salvaje e indomable, una particularidad oculta que la hacía resaltar contra todo el paisaje montañoso a su fondo, contrastar contra la oscuridad que la rodeaba.

No nos dejamos desilusionar por la apariencia de decrepitud del lugar. «Pronto renacerá el árbol.», me dijo Mauricio con una determinación tal que me hizo pensar en eso como una certeza ya establecida. «Pronto se despejará el cielo, y verás primo que en unos días la cabaña tomará el color de tus sueños y los míos, porque creo que lo ves con tanta claridad con la que yo lo veo, creo que lo sientes, está en el aire, está ahí en todas partes tallado: este es el lugar de mis sueños», agregó tan pronto como pudo, sin hacer caso del viento que desafiante se levantaba revolviendo las hojas muertas del suelo. Sin duda también aquella era la casa de mis sueños, pero las predicciones de Mauri deberían esperar al menos unos días hasta verse cumplidas, porque no habría pensamiento más positivo, ni sueño más fuerte que pudiera derribar la tempestad que nos sobrevinía. «Me parece bien, pero mientras tanto deberíamos empezar a desempacar las cosas o el viento nos vuela a todos juntos», le dije, y algo de todo eso lo hizo soñar con un nuevo cuento, o alguna novela, no lo sé, pero podía ver en esos ojos el brillo que tantas veces antes había visto despuntar antes de que su boca pudiera confirmar mis pensamientos y pusiera en comunidad los suyos, a veces tan extraños y magníficos, a veces tan aterradores que no cabía esperarlos de un hombre como él.

Capítulo 2

La cabaña era sencilla, pero debido a una distribución a propósito bien pensada parecía más grande por dentro de lo que en realidad debía serlo. Tenía dos pisos, y nos sorprendió encontrar en el nivel superior tres habitaciones considerablemente grandes cuando desde afuera apenas parecía caber una sola. En efecto, dos de estas habitaciones estaban ubicadas paralelamente, conectadas por un estrecho pasillo que guiaba cada puerta hacia la escalera, y se continuaba un poco más hacia atrás, directo al baño. La tercera habitación era en realidad una especie de ático que se sustentaba sobre un falso techo y tenía, debido a la construcción estructural de la cabaña, una forma triangular donde una persona de estatura normal podía mantenerse apenas parada en su centro, pero se llegaba a sentar con dificultad en su extremo más alejado. Abajo, en cambio, había una extensa cocina, un comedor, un baño y una enorme sala que ocupaba la mitad de todo el piso, destinada a ser la sala de trabajo, visitas o simplemente ocio. La casa entera estaba construida con grandes troncos por lo que su estructura era robusta y su interior tenía un toque rústico como tanto nos gustaba a Mauri y a mí. «Dios mío, no puedo creer lo pacífico que es este lugar», me confesó apenas unos minutos de estar ahí y a pesar de la tormenta que ya comenzaba a hacerse notar. En esas palabras había un sentimiento de satisfacción y comunión con la soledad que me llamó la atención al instante, pero yo también lo sentía. Era devastadoramente silencioso, lo que, en palabras de Mauri, significaba increíblemente tranquilo.

Comenzamos a bajar las cosas del automóvil lo más rápido posible, tenía la sensación de que la tormenta no tardaría en comenzar, y pobre de mí si me atrapaba de camino a casa, o incluso antes de partir. Mauricio pudo ver mi preocupación, tal vez porque estuviera impresa en mi rostro sin que yo la notara, tan visible y palpable, tal vez por sus habilidades ya mencionadas. De solo verme la cara se apiadó diciendo, «Puedes quedarte a dormir aquí, primo. Mañana cuando la tormenta haya pasado, o al menos la peor parte, tomas el camino de regreso», y vaya que estuve tentado a aceptar su propuesta, él sabía que no existía nada más aterrador para mí que un descontrol del tiempo. «Lo sé, lo sé. Pero tengo que negarme. Viendo la que se viene, si aceptara quedarme no sabría si saldría de aquí dentro de un día, o una semana», respondí, observando desde la ventana las pesadas nubes que se extendían desde un extremo del horizonte hasta el otro. Aunque se encontraban lejos, podía ver con claridad cómo se iba moviendo lentamente la tempestad en nuestra dirección. Sabía que pronto comenzarían a descender los rayos y la lluvia, así como también sabía que poco antes de eso se levantaría el viento, y por lo que habíamos contemplado antes de entrar, esta primera etapa ya

estaba siendo llevada a cabo.

Tuve que salir de allí tan pronto como pude. Ni bien terminamos de bajar las cosas y dejarlas en la entrada amontonadas, cajas y cajas, casi todas de libros, sentí el extraño impulso de marcharme de allí, y Mauricio también sintió lo mismo, por lo que no tuve solamente que reprimir mis instintos de huida, sino que también debí de rechazar su piadosa propuesta. «Está bien, primo, ya puedes marcharte en paz. El resto lo hago yo», me dijo. Que estas palabras testifiquen cuán buena persona era mi primo, cuán dedicado a las necesidades del alma, cuán detallista era cuando se trataba de hacerlas sentir cómodas y en paz. «Déjate de estupideces. Lo que tú puedas hacer en medio día, los dos lo haremos en una hora. Vamos.» Fue así que comenzamos a darle vida al lugar, si tal expresión es posible para una casa, y acomodamos cada mueble, y cada libro (estos más era los que desacomodaba, que los que en realidad colocaba bien. Nunca pude comprender el extraño TOC de Mauricio por acomodarlos alfabéticamente en tal estante, por editoriales en tales otros, por la fecha de impresión en tal lugar, y así: un desorden donde solo él se supo siempre ordenado).

En el viejo ático de la casa, al cual nos atrevimos a entrar un poco después de acomodar las cosas, y solamente porque decidimos revisar si no habría algo para tirar a la basura que tal vez se hubiera olvidado el anterior inquilino, o si no hubiera (mucho peor) alguna rata, serpiente o animal al que debiéramos hacerle frente, mi primo volvió a hacerme la propuesta de dejarlo solo. «Dos son más que uno», le dije, inspirándome coraje en mantenerme en ese lugar un tiempo más aún cuando las espesas nubes comenzaban a traer las sombras y el caos hasta la cabaña. Abrimos la puerta con una lentitud y un cuidado que nos sorprendimos de lo tonto que parecíamos. «Es como si estuviésemos en una película de terror, ¿no?», me dijo, entre risas de vergüenza. «Si lo estuviéramos, este sería el lugar al que no deberíamos ir», le respondí, haciéndome parte de la novela que su cabeza (quizá) comenzaba a imaginar.

El interior era oscuro, desde la escalera que descendía del hueco que debería considerarse una puerta, pero que más bien se parecía a un simple hueco en el techo, no podía verse gran cosa. El olor, en cambio, hacía ver que allí adentro habría algo realmente viejo y realmente descompuesto que deberíamos localizar y quitar con la mayor rapidez posible. «Mira si encontramos un muerto», dijo entre bromas. Si no sonreí a eso, fue porque en algún punto oscuro de mi consciencia lo concebí como cierto y me asusté sin ser conocedor de todo eso, me asusté como si pudiera prever todo el terror que se encerraba en esa casa, y que nosotros, entre risas e improvisaciones de novela, dejamos escapar en el instante que decidimos abrir la puerta como quien deja libre una magia encerrada por siglos que pronto lo devoraría todo, tal vez como agradecimiento del acto, tal vez como justicia del tiempo para que los balances universales entre lo bueno y lo malo se pusieran en desorden y

así toda una vorágine de desgracias pudiera destruir al fin a los incontables dioses y reinara sobre la tierra para siempre el caos, la desesperación, la tristeza y la desolación.

No hubo muertos, ni fantasmas que escaparan flotando de la habitación, ni fuerzas mayores que poco podríamos describir, y tampoco encontramos nada que pudiera considerarse culpable de despedir aquel olor rancio y dulce que bañaba la habitación con su aroma. Cuando ingresamos a la penumbra de ese cuarto, solo vivían en él (quien sabe desde qué tiempo) los incontables restos de la historia que se había impregnado en las partículas diminutas de polvo, que se había fragmentado letra a letra en cada molécula que flotaba en el aire cargándolo de sentimientos antiguos. Aunque intentamos, sacrificando nuestro sentido del olfato para guiarnos sin ojos hacia el origen de la putrefacción, lo cierto es que estuvimos alrededor de media hora arriesgándonos a una intoxicación o una descompostura por exponernos al mal olor con el solo fin de encontrarlo y erradicarlo de la casa para siempre. Nos fuimos abriendo paso entre los estantes vacíos y las cajas de ropa vieja y cuadros rotos, alfombras manchadas y espejos que nada habían de reflejar, o relojes que habían desistido ante la tentación de la eternidad quien sabe cuándo, entre los escombros de una vida anterior a esta, los residuos de una historia que no vivimos, y que sin duda tiramos, sea por respeto de no entrometernos en un tiempo que no nos correspondía, o sea por desinterés marcado y una frágil decisión de no querer saber nada del inquilino anterior. Encontramos, sin embargo, una máquina de escribir Remington que enamoró, puedo estar seguro, a Mauricio desde el primer contacto visual que hizo. Su viejo estado hacía notar al menos un par de décadas de abandono y parecía que jamás podría recuperarse de su historia, como quien se abandona a una avanzada edad a los porvenires del tiempo y se descuida de andar precaviendo acciones o andar cuidando otras para extender su existencia mucho más allá de lo posible. «Mira nada más que maravilla, primo», dijo Mauricio, dejando escapar un brillo de sus ojos que iluminó por un instante la habitación triangular y la inspiró de vida. Solo soplarla bastó para ver escapar por la pequeña ventana circular el polvo de una historia que jamás conoceríamos. «Ayúdame a llevarla abajo. Esta será mi mejor amiga. Estaba destinado, lo sé», agregó. Si bien esas palabras fueron concebidas de la única forma posible que podría esperarse de Mauricio, siendo un escritor como lo era, y siendo esa un modelo viejo de algún escritor anterior, y siendo su afinidad al mundo la misma para ambos: la literatura y el orden correcto de las palabras; si bien hube de repasar ese momento guardado en mi memoria muchas veces antes, intentando descubrir las sensaciones que despertaron en mí esas palabras acaso no pensadas y acaso no dañinas, de forma que pudiera construir este relato de la manera más fiel posible a la memoria de ese amigo incondicional, y de ese momento de la historia, llegué a la conclusión (tal vez equivocada, lo confieso) de que tales palabras despertaron en mí una desilusión y una tristeza tremenda que no sería capaz de percibir en ese momento aún ante la gracia de su compañía y bajo el amparo de sus

palabras. Tal vez fuera ese preciso instante el punto exacto en el que caí en la noción y el conocimiento ya público para toda mi consciencia pero acaso oculto para mi pobre alma, de que perdería para siempre la amistad de mi primo, tal vez la amistad más importante de mi vida, y solo digo tal vez por temor a que en la certeza de las palabras que en nada pueden plasmar mis emociones con respecto a Mauricio pueda sentenciar toda nuestra historia y nuestro afecto a una cárcel verbal que no lo merece por ser tan pequeña la comparación y tan vacía la expresión de las palabras. Pero a fin de cuenta, es un tal vez, porque a falta de algo mejor, eso es todo lo más alejado de la simplicidad que puedo ubicar a ese gran amigo mío.

La ubicamos en la sala de estar, en una esquina del cuarto, con la ventana detrás y unos cinco agujeritos en la pared debajo. La ubicamos allí, porque parecía estar destinada a ese sitio, era como si calzara únicamente en ese lugar, como si aquella hubiera sido su ubicación a lo largo de tantos siglos que simplemente el mundo se hubiera acostumbrado a tenerla ahí, y entonces cuando faltó, ese espacio se llenó de un vacío tan paradójico como las mismas palabras que sobrevolaron el cuarto buscando a esa vieja máquina encerrada en otro lugar, alejada de su destino, forzada a sobreexistir ocupando otro espacio quien sabe de qué. Así pareció, de igual forma, en el instante que la colocamos con Mauricio en ese punto, su sitio de siempre, y nosotros sin saber toda esta jugada audaz de la vida para devolver a ese espacio la existencia que le pertenecía, y pudimos ver o mejor dicho sentir cómo de pronto la vieja máquina se adhería, se fusionaba con la imagen de la habitación y se adecuaba, no sin cierto esfuerzo, y regresaba entonces de alguna forma todo el orden y toda la existencia a ese pequeño rectángulo que por siglos la había esperado, expectante, paciente y siempre con la convicción de que algún día nosotros llegaríamos para devolverle la naturalidad al tiempo.

Me fui de la casa poco más del anochecer. Las nubes ya se encontraban por encima nuestro, desafiándonos a desafiarlas, demostrándonos que nada podíamos hacer contra esa negrura tempestuosa que nos sobrevolaba. «Vuelve cuando lo desees», me dijo Mauricio, estrechándome entre sus brazos con un abrazo de una naturaleza solitaria, pero acogedora. «Así lo haré, primo», le respondí. «Dirá la historia que no me conociste si creyeras que voy a dejarte morir de soledad en esta vieja casa», agregué. Tal vez fuera esta la más grande crueldad que el tiempo me depararía. Tales palabras me perseguirían por siempre, me condenarían a pronunciarlas en las pesadillas, y en los sueños que algunas veces, más tarde, confundiría con esa parte de la historia que debió haber sido, esa porción de tiempo que se perdió en alguno de los innumerables caminos del laberinto de nuestra vida, y fue reemplazado con tanto desinterés por la pesadilla que debería haber soñado en cambio, tan distante a lo que se reflejaba en ese sueño pacífico, tan cercana, en cambio, a lo que me contaría para siempre mi

memoria.

Conduje demasiado rápido. Más de lo que acostumbraba a hacer aún en mis momentos de mayor desesperación. Solo rogaba, en mi soledad con el camino alejado de Calisto y alejado de la cabaña, que ningún rayo se atreviera a atravesarse en ese intermedio, que ninguna gota osara caer sobre el parabrisas, porque ya demasiada desgracia traía la noche, y ya demasiado llovía sobre mi rostro cansado. «Así es como nos despedimos de todo», pensé en el desasosiego del paraje inhóspito que debía atravesarse para viajar desde un mundo donde mi familia me esperaba, hasta otro mundo alejado, donde mi mejor amigo me recibiría. Como se piensa a veces en ideas que jamás podrían formularse en la consciencia, y sin embargo surgen ahí en el mismo instante que fluyen los infinitos destinos literarios de nuestras emociones y nuestra historia, y confluyen las ideas para convertirse en verdades y se pierden otras para ser recordadas como un silencioso río de incomprensiones, así pensé, asustado de la existencia de esa idea en mis pensamientos, que si quedara atrapado en ese camino entre los mundos, si quedara encerrado por la tormenta a media distancia de todo, entonces no tendría nada. Entonces podría, con una facilidad tan estremecedora, perderlo todo en el instante. Quedarme solo.

Poco tiempo después, ajeno a todas las amenazas que grité al tiempo, indiferente a todos mis miedos, comenzó a llover.

Capítulo 3

Su primera carta llegó a los cuatro días de que comenzara la tempestad. Hay quien diría que aquello no era más que una tormenta normal, pero también hay quien contradiría esas palabras con la única misiva conocida por todo el pueblo: En Calisto no hay tormentas.

Quizá aquello se pareciera un poco a la fantasía de creer que nuestros hogares están salvaguardados por alguna fuerza extraña que nos aleja de todos los peligros del tiempo. Pero aún ante la irrealidad de la afirmación, sí era cierto que aquellas simples palabras resultaban conocidas por todo el pueblo, y aceptadas por una gran mayoría que entonces, ante la inminente oscuridad de las nubes, creían haber hecho algo mal en alguna parte de los días previos para que el hechizo se rompiera sin más razón. Como ateo y como escéptico que soy, confieso que ante toda la maravilla de una fábula que pareciera sacada de un cuento, yo también creía en esas palabras. En Calisto no se había visto una tormenta surcar el cielo ni una vez desde su inauguración como pueblo. De eso ya venían siendo 70 años, sino más. Aunque reciente, aunque inexperto, no podrán negar que 70 años sin tempestades es, en cierta forma, una fábula más propia de los cuentos que de la realidad. Nadie podía predecir ni aseverar a qué se debía esa anormalidad, ya considerada entonces una característica fundamental del pueblo. Y tampoco nadie, para desgracia de muchos, podía acertar en las razones de la excepción cuando ese miércoles las nubes sobrevolaron la ciudad proviniendo desde más allá de las montañas que la rodeaban y la protegían del resto del mundo.

Calisto se hallaba a solo 27 Km de la ciudad de Paraná. Si aún nadie llegaba a ponerse de acuerdo sobre si era ésta una ciudad, o un pueblo, es porque su número había oscilado, desde que tuviera memoria, entre los cinco mil, y los cinco mil uno. Considerada, de esta forma, como ciudad para una gran mayoría, pero vista aún como pueblo por los más viejos del lugar, sorprendía no solo por su peculiar característica de intocable ante las descomposiciones del tiempo, sino también, como si esto fuera simplemente decir poco, se encontraba rodeada de una cadena montañosa que casi llegaba a completar el círculo, siendo solamente su hendidura en dirección hacia Paraná la única entrada posible a Calisto.

Como era sabido, tales relieves no eran propios de la región, y hay quienes, de mente ágil y sin límites en la imaginación, no tardaron en condecorarla como la ciudad fantástica de tantos cuentos y relatos, pasando a considerarse, por muchos, haciendo honor al relato más famoso y el único escrito por William Jacobs, la ciudad ahogada. Tal título ostentaba una originalidad sofisticada y a la vez agradable tanto para el pensamiento como para el alma. En su relato, William tomó la

responsabilidad de dar respuesta a ese infinito de preguntas sobre Calisto, comenzando por las montañas, que no demoró un segundo en comparar (y más tarde confirmar la teoría con una convicción extraordinaria) con los profundos barrancos de la ciudad de Paraná. Si la imaginación del escritor se reconocía como dogma del conocimiento y se aceptaban, por tanto, sin poner en duda alguna, un sinfín de supuestos, entonces Calisto era oficialmente una ciudad ahogada que descansaba debajo de la misma Paraná, y era protegida de esta forma por los barrancos y por el agua «azul, de un color tan similar al cielo, que desde allí abajo, mirando con nuestros ojos mojados que nada habían de conocer más allá de la superficie húmeda, era imposible determinar que aquello no fuera el cielo...» (La ciudad ahogada, escrito en 1987 por William Jacobs).

La carta que recibí de Mauricio venía un poco a revivir estas inquietudes y toda esta barbaridad de fantasía. Tenía cuatro carillas de largo, algo propio en él, escritor hasta en los sueños. Sentarse a conversar con mi primo, era sentarse a escuchar un monólogo que parecía preparado y corregido por años de anterioridad, pero no era más que su imaginación jugando a lo imposible en el momento menos oportuno, en el momento más humano.

La carta era sencilla, pero de ella solo podía leerse poco más de una carilla, tal vez por el error del servicio de correo, tal vez por el descuido de mi primo, el resto de la carta se había mojado y la tinta se había desparramado como una mancha sobre las blancas hojas, y si bien eran distinguibles en algunas partes las palabras (de las cuales algunas como terror, pesadillas, revolver, escritor, gritos, y otras tantas, jamás llegaré a comprender fuera de su contexto), el mensaje se había perdido para siempre.

-

Querido primo,

Vuelvo a sentir la necesidad de expresarte mi gratitud por acompañarme en lo que para mí resulta ser lo más importante de mi vida. Desde tu partida he estado pensando solamente en escribirte, tal vez sea esto una muestra de mi afecto hacia ti, y espero que así lo veas. Desde la infancia hemos sido muy cercanos, tal vez hayas sido tú el único loco que pudiera comprender a este otro loco, tal vez por eso nos complementamos siempre. Si esa es la verdad, lamento arruinar tu ilusión de hombre serio y normal, porque es mi deber (como loco) reconocerte con toda sinceridad que estás chiflado.

Lejos de toda broma, la lluvia me ha mantenido ocupado todo este tiempo. Si bien no he podido salir de la cabaña para tirar toda esta basura antigua, he convertido una de las habitaciones en un gran basural que espero poder limpiar ni bien se dispersen estas nubes (¿Nubes en Calisto?)

Quien diría que viviríamos para ver esto, primo).

Mientras limpiaba mi nueva casa (y lamento lo aburrido que pueda resultarte leer esta carta) he encontrado sobre el hogar restos de unas hojas que parecerían haber sido escritas con esta máquina de escribir que tanto adoro. Lamentablemente se encontraban destruidas casi por completo, fuera por accidente o quemadas a propósito. Tal vez su escritor tuviera un fuerte temperamento ante la literatura mal creada, no lo sé. De ella pude rescatar unas pequeñas partes, las suficientes para comprender que se trataban de relatos o de alguna novela quizá de terror, y que su autor era Tomás Kauz, o algo así. No me suena a ningún escritor, tal vez tu tengas más suerte averiguando sobre él. No tengo acceso a internet, ni forma alguna de averiguar algo más, pero estaré atento y te mantendré informado. Me interesaría conocerlo, si es que aún vive.

Por lo demás, espero pronto tener la cabaña lista, y poder así sentarme a escribir. No veo la hora de poner mi imaginación al servicio de la vieja Remington

-

Hasta allí llegaba la legibilidad de la carta. Puede ser que aquellas palabras sueltas que más adelante se dejaban ver fueran parte de un relato que mi primo ya estuviera escribiendo, o bien algún fragmento de lo que había leído de esos papeles chamuscados. Pero, aun así, pensándolo hoy, lo importante había sido dicho (para nuestra desgracia, quizá) en los primeros párrafos. Me vi a la tarea de buscar (y porque en realidad no tenía nada más importante que hacer) al susodicho escritor que había interesado a Mauri. Ciertamente es que debí buscar mucho, no había datos sobre él en internet más que algunas viejas noticias del diario local sobre su fallecimiento. «Así estamos, resulta más fácil encontrar a la muerte que tropezarnos con la vida», pensé entonces.

Las respuestas que estaba buscando las encontré en la memoria de nuestra vieja abuela, ya con 65 años y una lucidez que asustaba a ratos.

«¿Has dicho Tomás? ¿Don Tomás Kauz?», me preguntó, como si el nombre trajera a su memoria un mundo ya lejano de momentos que parecían no haberse vivido jamás, como si entre todo ese lago de recuerdos, hubiera oculto algo aterrador.

—Fue muy trágico —Me dijo. Nada más logré quitarle del recuerdo ese día. Sin embargo, entre sus viajes atemporales hasta esos cuartos de la historia que nadie sabe desde cuándo estaban ahí, unas delicadas y sigilosas lágrimas se escapaban de su rostro, creyendo tal vez que por su ceguera nadie viera esa catarata de emociones divergiendo en su recorrido hacia la tierra negra y sucia en busca del olvido de los besos, de

los sueños compartidos, y la complicidad.

En vano fueron los intentos posteriores de entablar una conversación tan malvada que surcara las líneas de tiempo grabadas en su memoria hasta alcanzar el punto de su conocimiento sobre Tomás Kauz, y toda la tragedia que, si bien la nona ya me había adelantado, desconocía hasta entonces de los límites insanos de su misterio y de la angustia que se desprendía de nuestras bocas como un vapor de aire tan helado cada vez que nos atrevíamos a decir su nombre. Intenté, aun así, con toda la inteligencia que me era permitida, y con más de mi cautela para no agrietar el frágil nombre, rescatarlo del olvido para lograr de esa forma recabar la información que me había sido solicitada, pero más tarde confieso que lo hacía solamente por saber cuál era la tragedia detrás de esas palabras, cuál era el terror que las rodeaba, y cuál era su relación con Florentina Bustamante, mi dulce vieja, mi triste ciega que cada tanto desparramaba lágrimas creyendo estar a salvo, soñando que nada que ella no viera era capaz de ser visto por nadie.

Falleció poco tiempo después de aquello, al sexto día de lluvia. Lo último que la escuché decir fue con cierta gracia que no hacía falta tener ojos para ver que Calisto se estaba convirtiendo (al fin) en la ciudad bajo el agua. «Quizá pueda conocer por fin a mi querida Luana», había dicho, haciendo referencia a su personaje favorito del libro. Sin embargo, alguien me dijo que lo último que susurró, antes de pedir que la dejaran descansar un buen tiempo, fue ese nombre tan extraño que sin razón había vuelto después de tanto para ser nombrado innumerables veces, para ser maldito y para ser recordado, para ser llorado, y para ser llorado.

Esperamos dos días con la vaga esperanza de que la lluvia nos diera tregua para velar nuestros muertos. Más tarde descubriría que esa misma noche, junto con mi abuela, habían partido tres viejos más hacia el eterno descanso. Tres viejos que, sea quizá por un sucio juego de la vida, habían conjugado las mismas palabras antes de partir, habían confesado estar demasiados cansados y así se habían entregado. «Ahora déjame dormir un buen tiempo», dijeron sin conocer que en otro punto de la ciudad alguien estaría pidiendo lo mismo.

El velorio, al final, se realizó en la casa a expensas de los sentimientos de algunos familiares que veían esto como un acto atroz de despedida. El sacerdote de la ciudad había desaparecido poco antes de que comenzara la lluvia, tal vez temiendo que la ciudad mágica de Calisto, por su extraordinaria particularidad, fuera arrancada de la tierra, enterrada viva, tal vez, como mucho antes había previsto William Jacobs en su cuento. Aun así, pese a los inconvenientes, despedimos a la viejita dedicándole lo mejor de nuestras esperanzas para ese largo camino que debería recorrer hasta alcanzar el cielo que para ella no era nada más que una linda tarde en el patio de su casa, tomando mates con los que ya habían partido. Me

aterraba, aunque no fuera consciente de eso hasta más tarde, pensar que estuviera saludándonos desde lo alto de un árbol, viéndonos con los ojos de una paloma blanca, como una vez me había confesado que le había sucedido el día que tuvo el accidente y creyó que así era el cielo. «No te parecería extraño, nosotros soñando con que después de esto nos iríamos por ahí, y solo resultaría que pasábamos de la tierra hacia el cielo, como si se tratara de escalar niveles. Qué podría decirse entonces de los pobres que vivieran bajo el agua.»

Poco después de terminar el funeral improvisado, escribí la tan postergada carta a mi primo Mauricio, y le hice conocer de la partida de la abuela, y de lo poco que había descubierto de su escritor misterioso. No fue, sin embargo, una carta de contenido precario, puesto que en el afán de conversar con él, creyendo tontamente que este medio de comunicación no era tan diferente a las conversaciones de madrugada que solíamos tener, me di la libertad de abrir una serie de teorías sobre todo lo que estaba sucediendo, principalmente me vi atraído sin ninguna explicación por Tomás Kauz, que ya en mi mente divagante lo concebía como un amor prohibido de nuestra abuela Florentina, o quizá como un primer marido del que jamás nos habló. En el desliz de escribir sin tomar un solo respiro, haciendo caso omiso al entumecimiento de mi mano relaté, con todo detalle, la extraña coincidencia de los fallecidos, la lluvia sin final que ya entonces se la consideraba como un segundo diluvio, y la ausencia para nada extraña del Padre Hernán. En toda la extensión de la carta, que se concretó al término de la sexta hoja y solamente porque me quedé sin palabras, comprendí lo mucho que lo extrañaba, comprendí que de todo lo que la vida me había quitado, su amistad había sido lo más duro y cruel, aunque esto, compréndanme, lo digo en este instante, después de todos los sucesos que proseguirían.

Capítulo 4

Lo que sigue es un relato corto encontrado en la cabaña aún sobre la máquina Remington. Desconozco si se trata de una versión final o es simplemente un borrador que Mauricio jamás llegó a concluir.

-

Sam se despertó sobresaltado en el mismo instante en el que las agujas del reloj marcaban las tres en punto. Creyó haber oído un ruido, como si alguien golpeará desde el otro lado de la habitación, como si alguien corriera por las escaleras hasta alcanzarlo. Por un largo rato no pudo quitar los ojos de la puerta, si la vida era cruel pronto el picaporte giraría lentamente y de la oscuridad silenciosa surgiría una extraña figura que de una manera grotesca se asemejaba a una niña. Si con una precisión extraordinaria podía imaginarse a la joven descalza que lo observaba con una mirada triste y al mismo tiempo aterradora, era porque lo había soñado más de una vez desde que se había mudado a esa miserable casa alejada de todo lugar. Su respiración estaba agitada, producto de una pesadilla que en vano habría intentado plasmar en palabras, puesto que, aunque se consideraba un escritor hábil, no había logrado nunca acertar con las palabras ese puñado de sentimientos que lo devoraban internamente cuando la niña sonreía de una manera asimétrica y forzada. «Está todo bien, está todo bien» se repitió en voz baja. Hay quienes verían a esto como un acto de propio consuelo, como un intento de fortalecimiento interior. La realidad era que repetía esas palabras cada vez y con más fuerzas para tapar aquellas otras que aún podía oír desde el otro lado de la vida, desde la pesadilla que pronto comprendería, jamás había terminado.

Capítulo 5

Comenzamos a creer que la tormenta duraría para siempre. No había forma de entender estos extremos, el pasaje desde un misterio solamente comparable consigo mismo como lo era la invariabilidad del tiempo en aproximadamente 70 años, a otro tan extraño como solo puede serlo una tormenta de estas dimensiones. Aunque no era tan extraño que una tormenta durara poco más que una semana, ¿cierto? Es decir, es concebible que suceda, es posible que una tormenta dure tanto, al menos en cualquier otra parte del mundo. Sin embargo, el terror venía acompañado por los comentarios de aquellos más creyentes que aseguraban que, así como habían existido 70 años de paz, ahora le proseguiría el doble de tempestades, como si todo se tratase de un divino castigo por ser ajenos al resto del mundo, por ser privilegiados de una forma tan inimaginable. Lo concibieron así, como un método purificador que nada tendría que preocuparles. Se trataba simplemente de sobrevivir a la catástrofe, de aprovechar el tiempo que restaba para adaptarse a respirar bajo el agua, para desatarse de todos los lazos y resolver todos los asuntos que hubieran quedado suelto en este mundo para entregarse así a otra magia diferente.

Hubo otra cantidad de personas (por suerte menor) que lo comprendió como el final poético de los hechizos y los cuentos, y se entregaron, de esa forma, a ser abrazados por las afiladas gotas de lluvia que se los llevarían para siempre. Mi esposa fue parte de aquella minoría que paulatinamente de una manera que comenzaba a parecer tenebrosamente organizada fueron saliendo durante la noche fría a caminar hacia las montañas, y jamás volvieron.

Para la alegría de Mauricio descubrí la historia de Tomás Kauz una mañana que había surgido el nombre sin intenciones, solo por aburrimiento diluvial, en un café donde creí que podría estar esperándome Paula, mi querida esposa y madre de dos hijos. Luego de enterarme de la triste noticia no pude regresar a casa ese día, por el contrario, me quedé en ese sitio, acompañado de otros desgraciados que se veían tan solitarios como yo. La historia sabe, porque habrán quedado marcadas con lágrimas esas horas, la necesidad que tuve en ese tiempo de que Mauricio Garner estuviera ahí conmigo. Lo habría buscado, si no fuera porque aún guardaba algo de cordura para comprender que a esa altura el viaje ya era imposible; lo habría buscado, si no fuera porque la sola idea de quedarme atrapado en mitad de la nada con esa tormenta, me aterraba.

Una de las personas que estaban en el café conmigo era Luciana Kauz, única hija sobreviviente de Tomás, quien había tenido también a un Tom cuando Luciana solo tenía dos años, pero la vida había sido cruel con el

pequeño y una mañana encontraron una nota sobre su cama que contenía con una imperfecta caligrafía de tan solo 12 años, una sencilla nota.

Papá, mamá, he ido a buscarla. Nos vemos pronto.

Durante esa misma charla entre desconocidos Luciana me confesó que aún esperaba ese día del que su hermanito había hablado. Creo que no hay nada más desgarrador dentro de la propia desgracia, que las palabras que se quedan atrapadas en la garganta acaso por falta de valor, acaso por falta de oportunidades, y el silencio como consecuencia, jugando al juego atroz de si tan solo hubiera... Yo por mi parte, dejé escapar un par de palabras sobre la huida de Paula, sobre la soledad de Mauricio, el descanso de mi vieja ciega y otras desgracias que solían visitarme por las noches. Fue de esta forma que llegamos al nombre de Tomás Kauz, un misterio que de alguna forma nos había reunido, puesto que llega un punto en el que se vuelve injustificado adjudicar los hechos a la coincidencia.

Me contó la tragedia de la que poco había de anticiparme mi abuela antes de marcharse, y mientras me iba relatando con los detalles propios de quien no quisiera dejar de hablar jamás a fin de entregarse a un entretenimiento que la alejara del mundo lo más posible, iba vislumbrando por otra parte, también entregado a la tarea de la distracción, desmantelando las teorías viejas, conectando algunos puntos, hasta que llegué a comprender que todo el misterio de las cataratas ciegas de mi abuela y el nombre del escritor se entretejían en un matiz mucho más complejo (pero no así extraño) de lo que había concebido originalmente. «Era un hombre extraño, usted sabe.», me había dicho Luciana. «Mamá me había dicho antes de entregarse al sueño del largo rato, que su único arrepentimiento en esta vida había sido no comprenderlo. Imagínese usted, a su edad y todavía sin comprender los pensamientos de su propio marido. Como iba yo a esperar comprender a mi papá, si era escritor», había acentuado las últimas palabras, tal vez sin percatarse, entre sus desahogos, que nada había de relacionarla con el resto de la confesión. A fin de cuentas, Tomás Kauz había sido escritor, pero si alguien me preguntara qué opino, si ella misma me lo hubiera preguntado en ese entonces, habría dicho sin titubear que hay verdades del alma que escapan de toda lógica, y que no es posible clasificarlo todo en la sencilla regla matemática de ser, pensar, hacer. Para ser más claro, nada hay más cierto en esta vida que la máxima que nos explica, de una forma caricaturesca, que quienes somos nos afecta y nos define como pensamos, y que, en base a todo esto, sin ninguna duda a dicha lógica, actuamos de la única forma posible a nuestra identidad. Pero es cierto, aunque extraño, que algunas almas disfrutaban de escapar de esta misiva, y que a veces lo sencillo no es suficiente para definirlo todo.

Florentina Bustamante había sido, al igual que la mamá de Luciana, una amante de Tomás Kauz. Una de tantas. No había llegado a comprenderlo,

tampoco, si es que acaso actitudes tales tuvieran una definición que permitiera comprenderlas. «Lo que había comenzado siendo un amor tan romántico como solo podría serlo el de una novela idealizada hasta su extremo imposible, pronto se había convertido en una obsesión por llenar los huecos de la soledad del alma», recordaba Luciana, y si lo decía de una forma tan poética es porque esto era nada más que una confesión personal del escritor que tiempo después se encontraría escondida en su caja de zapatos viejos.

Así, el romántico encuentro entre dos puntos perdidos en la inmensidad del vacío había desatado una unión que recordaba a los enlaces inseparables entre dos átomos de soledad, pero pronto esta delgada línea limitada en el espacio a convivir para siempre sin alcanzar jamás las variadas posibilidades de otras dimensiones, se fue perdiendo a sí misma, fue divergiendo en otros vértices incapaces también de satisfacer los huecos propios, de manera que, mientras las caras de la figura ahora bidimensional iban creciendo en número, también iba creciendo en profundidad su ansia de completarse, y la forma (que había comenzado siendo un triángulo y más tarde un cuadrilátero) había conquistado la tercera dimensión entre sus innumerables caras e infinitos puntos, y en su divergencia se lo veía converger a una esfera que muy cerca estuvo de ser perfecta si no fuera porque en la física y en la química como también podrá probarse en el amor, la suma de fuerzas confinadas a vivir en un espacio limitado que al infinito resultaría ser un punto, ocasiona una inestabilidad de tales magnitudes, que este cuerpo geométrico de gran dimensión colapsó para empezar de nuevo, se derrumbó a sí mismo para serle fiel a la primera de las formas, la más primitiva de los elementos, y así, de esa manera caótica, solo un vértice con otro se reencontraron, una simple línea que entre las danzas terminaría por enredarse tanto y tan fuerte que más tarde todos los puntos que en algún tiempo le habían sido infiel a su identidad, y que ahora sobrevolaban el espacio ajenos a la delgada línea, aún atraídos por los residuos de una fuerza mayor, la prosiguieron como ramas en un árbol vectorial que se extendería para siempre.

En ese árbol sólo existirían Alicia (la madre del pequeño Tom y Luciana) y Tomás, proseguidos por unas generaciones también errantes a la máxima de la vida, también escribientes y escritores, también solitaria y confundida.

En cuanto a lo que fue de Florentina, según alguna otra carta que Luciana jamás llegó a mostrarme por la tormenta, se dice que su soledad ya estaba determinada desde mucho antes, y que después de que falleciera Alicia, Tomás la había buscado a ella para ser lo que siempre debieron haber sido, pero que por orgullo, o por destiempo, o soledad o temor, o amor o rencor, ella jamás aceptó verlo. Pasaron seis años, casi siete, desde entonces, y con su puño y letra Tomás Kauz confesó en alguna parte de su tiempo, que no se cansaría de esperarla, que no se cansaría

de culparse y de intentar devolver a sus vidas lo que el tiempo jamás se había decidido a darles, y así lo habría hecho, si no fuera porque entre su espera paciente y devastadora, y la solitaria actitud de Florentina que siempre quiso estar con él, pero jamás pudo, Tomás se entregó al descanso que ya entonces rondaba por Calisto libremente secuestrando sueños y soñadores, y en este lado quedó, como un residuo de toda esa historia, Florentina, tan desinteresada desde entonces a esta vida que pronto entregaría sus ojos solamente para no ver más lo que ya no tenía ningún valor para ella.

Cuando le pregunté a Luciana de qué había muerto su padre, me respondió con sus ojos tristes que había muerto de soledad. «Se mudó a una cabaña bien alejada del pueblo. Allí vivió solamente dos semanas. Me escribía cartas con regularidad, porque las líneas telefónicas no llegan hasta ese punto y tampoco la señal, de modo que habíamos convertido al correo en un juego que disfruté por mucho tiempo, pero las últimas cartas eran más bien desvaríos de un escritor atormentado, que otra cosa», me explicó. Quise saber a qué se refería con eso, y ella tan serena, tan ajena a toda la oscuridad que estaba delatando, me contestó. «Ya sabe, locuras de esas. Me decía que oía voces que lo llamaban, que veía cosas. Y yo al principio me asusté, y le dije que lo iba a ir a buscar en unos días. Cuando fui estaba duro en su cama, muerto de soledad, el pobre. Nunca me voy a olvidar que se leía en todas partes, rayado en las paredes, en los papeles quemados: Viene a buscarme. Ana ya está aquí.»

Le escribí esa misma noche la carta a Mauricio, contándole todo lo que había descubierto. También le comenté que su última carta, que había llegado el día anterior, se había estropeado por la lluvia como la primera, pero esta vez no podía leerse nada de ella. Solamente era una carilla de la hoja, por lo que le pedí que lo repitiera. Sin embargo, para mi desgracia, y más aún para la desgracia de mi primo, jamás pude enviar la carta. A esa altura ya la ciudad entera se había detenido acaso por la aceptación de un porvenir oscuro, acaso por la desilusión de un mañana que parecía cada día más y más lejano.

Los días siguientes se hicieron silenciosos y vacíos. Muchas veces imaginé a mi primo solo y triste, muchas veces estuve tentado a ir a buscarlo aún sin importar el peligro. ¿Cómo iba a saberlo en ese momento? ¿Cómo iba a comprender yo que ya entonces el terror estaba hecho?

Capítulo 6

Lo siguiente que voy a mostrarles son dos escritos de Tomás Kauz que Mauricio rescató del olvido. Hay anotaciones de Mauri en los mismos por lo que no me atrevo a alterarlos, y por el contrario los copio fiel a como los hallé entonces.

-

Me aterra pensar en la noche, tiemblo cuando creo prever que voy a soñar, y no me avergüenza decirlo ni me desanima entenderlo, puesto que largo tiempo he existido solo[1], rodeado únicamente de recuerdos, confundido cada tanto entre los días, tratando de descubrir cuáles eran las nimiedades que diferenciaban un tiempo del otro, cuándo moría uno y se reemplazaba el día. Pero ahora conozco una verdad que antes escapaba de mis pensamientos, ahora doy fe de un extraño ser que de noche me vigila[2]. He pensado en la locura, no crean que descarto tales posibilidades. A veces la mente juega de manera tenebrosa, y así lo pensé cuando comencé a verla en mis sueños. «Solo son pesadillas, Tom», me dije a mi mismo en voz alta, tal vez intentando engañar a mi pesada alma para que no se sintiera sola. Pero la realidad es que cada noche tengo un poco más de la certeza y el terror, y los pensamientos fluyen solos entonces. «¿Y si es real? ¿Y si yo no la he inventado, sino que ella me ha llevado a inventarla?» En mis relatos la he llamado Ana, ese es el nombre que le he dado, y desconozco la razón. Tengo terror a dormirme porque guardo muy oculta la sensación de que esta vez aquella niña de rostro agrietado y sonrisa grotesca[3] ya no querrá jugar a las escondidas conmigo. Esta vez habrá de llevarme.

-

[1] Nota de Mauricio «Parece ser que esta casa tiene muchos años de soledad escritos entre sus muros.»

[2] Nota de Mauricio «¿Qué veías, Tom? ¿A qué le temías tanto?»

[3] Nota de Mauricio «¿Cuáles son las posibilidades de que esa niña de la que habla sea la misma con la que he soñado y sobre la que he escrito?»

Capítulo 7

Me despertaron los disparos, como si fueran sonidos torpes y apagados. No sé bien qué estaba soñando, pero guardaba restos de una sensación de odio y tristeza. Cuando abrí los ojos quedé paralizado al ver que estaba en la sala, tenía entre mis manos la vieja pistola que mi padre había usado para suicidarse[1], no me pregunten por qué guardaba aquella atrocidad, aquél boceto horrible de la vida, creo que de alguna forma tener conmigo el arma que había acabado con su soledad me recordaba que en la vida Tomás Kauz, mi padre[2], había sido un desgraciado como yo lo había sido, y de esta forma solo nos separaba a los dos el camino que cada uno había tomado.

No recordaba haber buscado el arma, cuando me desperté estaba simplemente ahí, parado frente a la máquina de escribir, apuntando hacia la sombra de mi cabeza, ¿o no era yo? Cinco disparos surcaron el aire desolado que nos separaba, cinco disparos de rabia, de melancolía y de soledad[3].

-

[1] Nota de Mauricio «Parece que la familia Kauz ya está destinada a la desgracia y al sufrimiento. ¿Es posible acaso concebir un destino tan cruel que te sentencie solamente por tu nombre?»

[2] Nota de Mauricio «Vaya ganas de ser creativo con los nombres. Se tratará de una de esas costumbres de herencia entre familias, supongo»

[3] Nota de Mauricio «Así que esa son las cinco marcas en la pared de la cabaña, así que todo ese terror está escondido en esos diminutos agujeros...»

Capítulo 8

No me cuesta mucho imaginar a mi primo en esa casa solitaria. Cierto es que tengo la ayuda de saber cuáles fueron sus primeros pasos. Habría encendido entonces el hogar para sentarse a leer en la tranquilidad y tomar un trago del vino que le había regalado, pero tales placeres sólo los aceptaría luego de acondicionar la casa, lo cual creo que pudo haberlo terminado al poco tiempo que me fui, aunque algunas cosas las dejaría (como era de esperarse de todo ser humano) para la mañana siguiente, cuando el cielo hubiera escampado y el clima volviera a ser lo que alguna vez había sido, puesto que para ese entonces nadie conocía la inmensidad de la sombra que se cerniría sobre el pueblo entero. Tal vez se dedicaría a soñar las siguientes historias que fuera a dar vida bajo los sonidos tanto secos como armoniosos de la vieja máquina que estaría observando, sin lugar a duda, debatiendo si sería la suerte quizá que por fin le sonreía, o un error de la vida misma.

Mauricio era un soñador habilidoso, por lo que no le habría costado imaginar una infinidad de historias para contar, historias tal vez inspiradas en su nueva casa, en la soledad, la tranquilidad del valle donde se erigía Calisto, o acaso la nostalgia del viejo escritor que le había precedido. En ese preciso instante sus pensamientos deberían estar sobrevolando por tantos lugares, recogiendo información, inventando los fragmentos del pasado y del presente que mantendrían cual guía a su relato, o quizá (quien pudiera afirmarlo) estuviera planeando ya entonces una novela, divagando en el lejano horizonte que poco a poco comenzaba a asomar cada vez más cerca de sus ojos. Sería de esperarse de una persona como él, atento a todos los detalles, se valiera de los retazos chamuscados que habrían sobrevivido al fuego cuando Tomás Kauz manifestó su deseo injustificado de destruir todas sus obras, aunque en una de las cartas que se encontraron de mi primo el día que lo fuimos a buscar, explicaba que no fue hasta mucho después que las leyó para llegar a conocer algo que lo aterraría, por lo que, si bien esa habría sido su actitud más acertada, puede que se hubiera arrepentido y que hubiera cambiado de parecer al entender que lo que leyera en esos cuentos podría afectar a su imaginación y podría influenciarlo a pensar como Tomás Kauz y no justamente como pensaría él. Estas transiciones de pensamiento, me había explicado, eran normales entre escritores. Existía una especie de sincronización o de empatía que le sucedía con mayor frecuencia cuando terminaba de leer algún libro de sus autores preferidos. Él lo llamaba Transición, a secas, y sucedía cuando uno aprendía a leer como escritor, no simplemente valiéndose de la información que la historia le daba, sino imaginándosela escrita por uno mismo, imaginándosela más amplia de lo que en realidad era, más compleja. Era ese el instante en el que uno llegaba a escuchar la voz del escritor en sus pensamientos, como si de

pronto estuviera ahí para contarle más sobre lo que no había nada más que contar, y así era posible (si la habilidad de la escritura fluía dentro de uno mismo) escribir, digamos, con su puño y letra, como si se tratara de una extensión de los pensamientos del anterior dueño, como si uno mismo pudiera hacerlo propio, tomar prestado todo un mundo de ideas y sin corromper su esencia y sin robar su identidad, escribir una historia que pudiera ser con esmero un descendiente fiel de la primera historia.

Recuerdo que cuando me contó aquello, yo solo pude ver la inmoralidad mal llamada, la ilegalidad llamada peor, de robar una historia y valerse de las ideas de otro para escribir algo propio. «Es más maravilloso que eso, primo», me dijo entonces él. «Es mucho más hermoso.» No entendía en ese entonces que así funciona en realidad la vida, nadie es quien es solamente por trabajo propio, sino que estamos contruidos por una mezcla de personalidades. Somos originales, sí, pero nuestra unicidad surge de la comunión de nuestro entorno, de forma que yo solamente puedo ser yo, y que si de alguna manera únicamente concebible en la imaginación, pudiera rehacer todo el camino desde el comienzo hasta este instante, tal vez entonces si algo fuera diferente, si no tomara la misma calle, si no hablara con las mismas personas, si no eligiera idénticamente todo, hoy sería otra persona. «Un escritor, como se nos llama a los locos, no es más que un buen lector, primo. No es más que un inconformista que busca llenar los huecos de su historia con retazos inventados de otras vidas pinceladas por uno mismo.»

Qué triste me pone pensar en el momento que todo habría cambiado para él, la transición burda y cruel entre la sensación de paz y la desesperación del terror. Fue, según sus acotadas palabras, la noche del tercer día cuando comenzó a notar que algo en ese lugar estaba fallando. Al principio fueron sonidos que tanto por su frecuencia como por su normalidad no despertaron ningún interés en él, era simplemente que algunas veces mientras escribía en la vieja máquina, se oían golpes contra el suelo y la pared, tan sutiles que Mauricio terminaba por asociarlos a cuadros flojos u objetos que habían sido ubicados erróneamente en la proximidad de una caída asegurada. Lo interesante era que, en estas interrupciones de la noche, él encontraba la inspiración para detallar alguno de sus cuentos de terror, por lo que disfrutaba oír los ruidos y de la misma forma habría disfrutado, aunque poco después de un susto instintivo, cuando creyó oír que alguien lo llamaba. Siempre ha resultado raro, y mi primo nunca lograba escapar de la fascinación que le provocaba la transducción de los sonidos como ondas en el aire que se agrupaban o se alejaban para transformarse en un sonido único, y más aún le intrigaba conocer las extrañas formas acaso ocultas como solo puede serlo el mayor de los secretos, que tenía el cerebro para descifrar esos mensajes que recibía del exterior. Era fascinante, sino acaso asombroso, ver el trabajo de la evolución. Pero lo que a Mauricio lo desvelaba, eran los juegos crueles del cerebro que a veces se provocaba a sí mismo, eran las incoherencias, las malas pasadas que solían volverse más ofensivas y más

pronunciadas cuando uno concebía la sola idea de estar en peligro. De esa forma, atento por exceso de su entorno, esforzando al máximo sus capacidades, era sumamente normal que nuestra máquina mental se tropezara infinidades de veces consigo misma, poniendo sonidos donde no los había, inventando pretextos donde nada se explicaba. Para Mauricio esa habría sido la primera de las explicaciones a las que habría acudido en las primeras noches de su soledad. Sin duda, intentando convencerse de que todo aquello era una tontería y que todo estaba en su cabeza, se habría reído, aunque nervioso, habría aumentado su interacción con el mundo como si quisiera de esta forma afirmarse a la vida, habría golpeteado la mesada con los dedos, habría tarareado alguna canción (la primera que acudiera a su rescate no admitido) y comenzaría a hablar solo, lo que ya era una costumbre de su personalidad, con el fin único de distraer su mente del silencio y olvidar los sonidos y las voces que se habrían desvanecido en la oscuridad. Si acaso fuera aún el primo que siempre había tenido, esa noche se dormiría con los auriculares puestos a todo volumen, y cerraría con llave la puerta de su habitación sin dejar de repetirse, solo con el objetivo de relajarse, que todo aquello era una locura. Y lo era, cualquiera diría que la soledad lo estaba volviendo loco.

Me pregunto cuánto tiempo le habrá llevado comprender que algo en todo eso estaba realmente mal, cuándo descubriría que lo que comenzaría simplemente con una mudanza, una elección de vida terminaría indiferentemente al tiempo y las circunstancias con su muerte. Me pregunto si alguna vez habría sospechado que estaba siendo parte de una maldición pensada y planificada para alguien más, que estaba recorriendo un camino en la historia que ya había sido recorrido, que en la tonta idea de buscar la soledad jamás se encontraría solo.

Capítulo 9

Entre los trozos escritos de esa parte de la historia que ha quedado oculta para el mundo, encontré una tarde ordenando las ideas para este relato quizá el primer pedazo de ese secreto que dio algo de luz a lo que había sucedido. Aunque desconozco completamente cuándo comenzó a escribir estos retazos, y cuál de todos fue el primero, lo cierto es que había muchos escritos, algunos incluso quemados y rotos, que guardaban una parte de la vida de Mauricio y la casa; no fui consciente de la oscuridad de esta carta hasta que tuve todo el material en mis manos y ordené las secuencias para poder relatar esta parte de mi vida (que, aunque ausente, lo fue también determinante en mi futuro). Sus palabras, para todo aquél que se interesara por conocer, habían sido estas:

-

Esta mañana me desperté parado frente a la máquina de escribir Remington. Ya me había sucedido un par de días antes, es decir, me había despertado de esa especie de sonambulismo y me había descubierto escribiendo en sueños en la máquina, algo que si bien me había parecido extraño (y las cosas que escribía eran tan retorcidas y tan aterradoras, que las utilizaba para intentar escribir mis relatos luego) jamás me sorprendí demasiado, puesto que a veces solía ser sonámbulo, sobre todo en las noches que me encontraba demasiado exhausto. Sin embargo, esta vez todo era diferente, esta vez me aterró verme en otro sitio, puesto que ya no estaba como siempre sentado escribiendo, sino que estaba parado detrás de donde siempre me encontraba, apuntando con mis manos, como si tuviera un arma, exactamente hacia donde estaban los cinco agujeros en la pared. Tardé un tiempo en darme cuenta de que estaba recreando lo que había vivido Tomás Kauz, y me pregunto si es acaso posible que él también hubiera estado recreando otra historia, entonces. Pude sentir cómo el impulso del arma me desequilibraba el brazo, como la furia oculta en alguna parte de mi anatomía explotaba con cada disparo imaginario que soltaba mi mente. Pude sentirme con sensaciones de odio y tristeza que no me correspondían, como si el tiempo se hubiera doblado y entonces le resultara confuso determinar qué era pasado y qué era futuro, como si esa gran bestia se mordiera la cola y merodeara por la vida en círculos aterrada. ¿qué me estaba sucediendo? ¿Qué era

-

A esta altura, ya sin su presencia, ya sin su testimonio, jamás llegaremos a comprender por qué no llegó a terminar la carta ni tampoco por qué intentó borrarla luego, rayando sobre la misma con una fuerza que por poco no me permitió recuperar el texto. Lo cierto es que, junto con ésta,

había otras, al menos seis más, todas de contenido resumido, algo tan diferente a lo que había sido normal en él, algo tan extraño en su naturaleza, que ahora pensando en los detalles de ese último día en Calisto, poco antes de que la ciudad se ahogara y nosotros fuéramos obligados a escapar de ella para que el derrumbamiento de un conjuro que siempre pareció eterno no nos arrastrara junto a toda la fantasía y los cuentos de la ciudad, con sus muertos, con sus misterios y su cambio de identidad; ahora, pensando en lo que vi, entiendo que todo ya había sido dicho desde un comienzo, y que sin embargo nada podía hacerse para evitarlo, caso de ejemplo había sido la segunda carta que mi primo me había enviado a los pocos días, la carta de una sola carilla, la que había resultado ser ilegible, corrompida por la lluvia, que poco después de que ya la tragedia hubiera sido perpetuada, había comenzado a secarse y la tinta volvía a hacerse notar. En ella, las difusas figuras garabateadas de lo que parecía ser un simple mensaje: ven a buscarme, por favor, sácame de este lugar.

Tengo que admitir que cuando vi aquello, ese cruel desfasaje, se me heló el cuerpo. ¿Es acaso concebible pensar en un destino tan meticuloso y tan detallista? ¿Cómo, si no, puede entenderse la desgracia de una carta que podría haber salvado a Mauricio, que sin duda había sido pensada como su único recurso, y que ésta, en el transcurso de un mundo al otro, en el pasaje bajo las lágrimas de nuestra historia, se olvidara de su cometido?

Tal vez el tiempo sí se hubiera vuelto loco, quizá de una forma tan extraña como lo había concebido entonces Mauricio: un tiempo confundido, una "bestia atontada" que se perseguía a sí misma en un círculo fatal que lentamente se desgastaba reinventando sus propias huellas, carcomiendo el polvo del suelo que transitaba una y otra vez de una manera tan obsesiva y tan aterradora que pronto se olvidaría, para su desgracia y la de todos nosotros (pasajeros invisibles de esta enorme quimera) cuál había sido el principio y cual el fin, cuál había sido su extremo perseguido, y cuál su extremo cazador.

Si mal no recuerdo, el 25 de agosto, horas antes de descubrir ese terror en las palabras de mi primo, fui consciente de otra desgracia tal vez mayor (aunque esto, entiéndanme, solamente categorizándolas en cantidad y para nada en profundidad) puesto que comprendimos que la lluvia no se detendría, o más bien aceptamos esa parte oculta en algún lugar de nuestros pensamientos que ya entonces a los pocos días lo sabía, y que decidimos, cada uno por razones diferentes, ignorarla y pensar en un futuro a base de esperanzas vacías. Vimos necesaria una acción inmediata para no dormirnos en la triste ilusión de garabatear tiempos mejores como método de encierro a una realidad que nos golpeaba la cara, y digo triste porque estoy seguro de que en muchos rostros las gotas que caían del cielo se salaban en su exploración de las incontables mejillas, y se volvían lágrimas que los rostros permitían salir sin hacer el menor esfuerzo por ocultarlas porque de todo eso ya se encargaba la

llovía. Con los rostros cansados, con el alma deshecha, mirábamos hacia el cielo desde que nos despertábamos hasta que caíamos al suelo por el sueño, puesto que era una verdad que el tiempo se había olvidado de contar los días, y aunque nadie pudo recordar exactamente en qué momento se oscureció la vida, lo cierto es que alguna noche, tal vez la primera, tal vez mucho antes de todo esto, las luces de la ciudad y de nuestras almas se apagaron para no volver a encenderse nunca.

—Deberíamos irnos, Agustín — me dijo ese día mi buen amigo y vecino. Su rostro reflejaba todo el dolor de una decisión que no se toma con apuro, sino que se mastica y se digiere tantas veces hasta que se vuelva tan recurrente y tan sencilla como la respiración, hasta que se impregna en nuestro cuerpo y parece una idea que resulta más bien natural, más bien propia de uno mismo. «Esto no da para más. Si no partimos ahora, quien sabe cuándo tengamos oportunidad para hacerlo. Se me ocurre una forma de sacarnos de aquí, pero amigo, debe ser ahora». Si algo en todo mi ser me detenía a tomar las cosas y marcharme en ese instante, era pensar en Mauricio, pensar que estaría igual de atrapado como lo estábamos nosotros, incluso tal vez peor.

Las calles estaban inundadas, el agua nos llegaba hasta el ombligo, algunos más y algunos menos, pero la situación era aun así igual de grave para todos. Si todavía no me decidía a escapar era porque no llegaba a ver una forma posible de hacerlo, pero los rostros apagados de mis hijas que aún no comprendían a qué me refería cuando les confesé que su mamá podría no regresar, y la tristeza de mi amigo el vecino, y de su familia, la mirada de Horacio, su pequeño que con tan solo 9 años no comprendía lo que estaba ocurriendo, y que ya hacía días debía viajar sobre los hombros de su papá, todo eso me llevó a decidirme al fin, a aceptar lo que se me presentaba. «Apronta tus cosas. Nos vamos» le dije, con una fuerza de convicción que no habría sabido determinar antes de aquellas palabras.

De esa forma, apenas una hora más tarde, con algunas latas de comida y ropa, emprendimos el viaje hacia Paraná, puesto que nos había llegado la información de que en aquel lugar la tormenta ya estaba pasando y que el sol comenzaba a caminar por el cielo nuevamente. Salimos a escondidas, solamente la familia de mi vecino, mis hijas, Luciana y yo. Creímos que, si alguien más hubiera conocido nuestros planes, tal vez no llegáramos a lograrlo. Pero el pueblo entero pareció decidir lo mismo esa noche, todos escapamos de Calisto, como si una maldición hubiera caído sobre sus tierras, como si solo restara tiempo para que el pueblo entero se fuera para siempre.

La decisión más difícil tuve que hacerla cuando al subirnos a la camioneta una de mis hijas me preguntó si no esperaríamos a su madre. «Volveré por ella, cielo. Primero voy a ponerlas en un lugar seguro y volveré a buscar a su mamá, ¿de acuerdo?». La historia sabe que realmente lo

intenté. Paula, hermosa mía, te juro que intenté hacerlo.

Fue en el camino de huida que vi la crueldad de la carta de Mauricio, y como estábamos cerca de la entrada hacia la cabaña aceleré el paso para encontrarlo y rescatarlo de lo que sea que estuviera sufriendo. Solo rogaba que no fuera demasiado tarde.

De camino a la cabaña, intenté comprender a qué podría deberse aquel mensaje que Mauricio me había escrito. Sentía una impotencia muy dentro de mi corazón por no haberlo socorrido en el momento que lo había solicitado. «¿Qué es lo que sabes de esa casa, Luciana? ¿Qué diablos pasa en ese sitio?» quise entender, pensando en todo aquello que me había sido descubierto sobre su pasado y el condenado nombre de Tomás Kauz, pero la pobre solamente pudo decirme que la aterraba. «Esa casa está ahí desde tanto tiempo que no me sorprendería que fuera más antigua que Calisto» me dijo, sin aclararme nada, y como agravio del momento, con su inocentes creencias y justificaciones, agregó sorprendida: «No me diga que su primo es también un escritor de esos». Como si la sola idea desvelara las respuestas de un misterio tan gigante. Todo aquello me daba una mala sensación y, sin embargo, con todos esos acontecimientos previos que he relatado, jamás estuve preparado (y jamás podría estarlo si el terrible destino se atreviera a repetirlo) para toda la tragedia que me esperaba dentro de su hogar.

Capítulo 10

La cabaña parecía no inmutarse por el diluvio, acaso porque estaba ubicada sobre una colina como ya lo había mencionado, acaso por alguna oscura magia. Parecía una pequeña isla rodeada por el mar tempestuoso. Aún recuerdo esa tarde cuando Mauricio Garner conjuró unas palabras tales como las que escribo a continuación: «Pronto se despejará el cielo, y verás primo que en unos días la cabaña tomará el color de tus sueños y los míos.» Cuánta maldad respiro en el aire cuando recuerdo todas esas esperanzas perdidas en la historia. Cuán oscura se me hace la vida de solo pensar en las tantas alternativas que el destino pudo habernos deparado.

Solitaria, retorcida, oscura, muerta. Tal vez esas fueran las palabras que se me cruzaron por la cabeza cuando vi esa grotesca pieza de madera surcando las olas de la desgracia, como si fuera incluso más aterradora la historia que ella misma guardara dentro (como resultó serlo) que la arrastrada por el mar sobre el cual flotaba. No logro comprender ni recordar cuáles fueron los sueños de colores y verano que vimos la primera vez que llegamos a ella, no imagino una obra diferente a la que conocí cuando llegué a ese lugar, a la que despedí cuando salí corriendo de su terror.

Golpee la puerta de madera humedecida tan fuerte que mis puños sangraron, pero los sonidos eran opacos y apagados como todo el lugar, por lo que debí abrirme paso a la fuerza por las distintas habitaciones buscando a mi primo, cada instante era valioso por lo que no me daba vergüenza gritar con todas mis fuerzas su nombre, de modo que me oyera y viniera a mi encuentro estuviese donde fuera.

No hubo respuestas a mis llamados, sin embargo.

A pocos metros de la máquina de escribir Remington había una cantidad innumerable de papeles arrugados, rotos, quemados, tachados con una devoción misteriosa. Recuerdo haber pensado en ese momento que mi primo había perdido la magia de las palabras y tal vez entonces (¡Pobre de mí, queriendo justificar la vida con amabilidad!) fuera acaso esa la razón de su mensaje de auxilio que me había enviado. Terriblemente pensar en un auxilio destinado a alejar a mi primo del lugar que había agotado su inspiración, conociendo el deseo profundo de Mauricio por ser escritor y deduciendo la desesperación de tal acto, me alivió por un momento.

Mientras más buscaba, y más gritaba su nombre, más extraño me iba pareciendo ese escenario. En alguna parte de mi existencia caían lágrimas

acaso por los indecibles pensamientos que comenzaban a atravesar los muros de la razón y florecían involuntariamente hacia el exterior. Cuando hube de recorrer toda la casa, sin su hallazgo, debí tomar fuerzas para dirigirme al único sitio que faltaba: el ático. No comprendo cuáles fueron las fuerzas que me arrastraron a adentrarme en ése, el cuarto más oscuro de toda la arquitectura de la casa, quiero creer que solamente fueron los apuros por escapar de la ciudad, y no en cambio la convicción de saber que encontraría en ese sitio lo que de alguna forma ya esperaba.

Estaba sentado de espaldas al pequeño hueco que servía de puerta a esa habitación triangular, mirando hacia la ventana circular como quien espera algo, como quien se obsesiona con un sueño. Recuerdo haberlo llamado en voz baja, quizá por miedo de despertarlo, quizá por miedo de descubrirlo. «Primo, debemos irnos. Primo, he venido a buscarte. Primo, la ciudad se ahoga» le dije, pero nada. Me atreví a acercarme a la figura difusa con un sigilo que no comprendí al comienzo pero que fui asociando con el miedo con cada paso que daba, y mientras más me adentraba en la oscuridad del cuarto más sentía la opresión de todos esos sentimientos encontrados, más se impregnaba en el aire el hedor que ya entonces el primer día habíamos descubierto en esa parte de la casa. En su mano había algo: un arma. Dice mi memoria que fue ese el instante en el que comprendí el terror que había sucedido. Dice mi recuerdo que fue ahí cuando entendí esa enorme pérdida.

«Primo, ¿de dónde has sacado eso?», pregunté como un idiota. Cuando rodee el cuerpo pude ver, en cambio, que ya la maldición había sido cumplida, puesto que mi primo ya entonces se encontraba duro, con su mirada perdida en el horizonte (tal vez, pienso, esperando que el mundo escampara. Aguardando que la realidad se convirtiera en ese tonto sueño que alguna vez tuvimos cuando llegamos allí). Lo extraño fueron los detalles, y esto, discúlpame si no logro ser muy preciso, me costó horrores reconstruirlo con el tiempo en mi memoria para poder lograr un escrito fiel a la realidad. Fueron tres cosas las que me llamaron la atención: En primer lugar, los papeles tirados alrededor de la condenada Remington, de los cuales me valí para reconstruir los hechos que relato, de los cuales muchos misteriosamente quisieron ser destruidos por Mauricio y no he logrado, salvo alguna que otra parte de lo que pareciera ser un relato de terror, redescubrirlos; Segundo, el arma que sostenía Mauri en su mano, una Luger P08 que aunque parecía bien cuidada, sorprendía por su antigüedad y de la cual más tarde, Lucas, un paranaense fanático de las armas, me contaría que esos modelos extraños habían sido utilizados por la armada alemana durante la segunda guerra mundial. No quiero entrar en detalles que escapen a este relato, pero esta confesión abrió la puerta a un infinito de posibilidades y teorías sobre el origen de la cabaña y sobre su primera (digámosle) maldición. Caso extraño es que no encontré ninguna señal visible de disparo en el cuerpo de mi primo, pero quien sabe, tal vez no buscara adecuadamente, tal vez lo omitiera (¿y quién se atrevería a culparme por hacerlo?); En tercera

instancia, tal vez lo más oscuro, pero no así lo más aterrador, fue el mensaje que estaba escrito sobre la madera del suelo frente a Mauricio. El mismo rezaba:

-

Al fin lo he comprendido, al fin me he dado cuenta de que todo ya ha sucedido antes, de que todo volverá a pasar. Vienen por mí, no hay nada que pueda hacer salvo aceptarlo.

-

Me aterra pensar en esto como una carta suicida, como una despedida del mundo por cuenta propia, aunque ¿qué otra posibilidad cabe? Sea acaso un mensaje de un loco, sea acaso la despedida de un solitario, la huida de un cobarde, el hecho seguiría siendo el mismo: Mauricio Garner había muerto.

Capítulo 11

los muros comenzaron a caer, tal vez fue aquella la señal que los más arraigados a su tierra necesitaron para comprender que debían emprender el largo camino hacia lo desconocido. Los grandes pilares de tierra y roca que alguna vez protegieron la ciudad y la aislaron del resto de las cosas mundanas, aquello que siempre la había hecho especial, ahora eso mismo era lo que (de alguna forma quizá poética o quizá simplemente aterradora) sentía la obligación y la necesidad de aniquilar su máspreciado tesoro, su pertenencia más anhelada.

Pareció una señal que en el instante que decidimos emprender la marcha comenzaron a oírse las voces a lo lejos, al principio quedas, al principio casi con incerteza en su tono y despreocupación o más bien curiosidad; pero más tarde comenzaron a oírse replicadas en infinitudes de gargantas, desesperadas, desgarradas y sufrientes. Fue entonces que al mismo momento todo el pueblo escapó de la ciudad mágica de Calisto. Todos, menos mi primo, el pobre, el muerto y desgraciado. Todos, menos los Niños Olvidados y las víctimas de la inundación de lodo.

Permítanme continuar el relato desde el punto donde lo había dejado: la cabaña. Cuando salí de ese lugar, casi corriendo por el espanto, aceleré la camioneta sin dar explicaciones, y de la misma forma (pobres todos los que me acompañaban, me habrán creído un loco) me tiré de ella para regresar corriendo hacia la casa por todos esos malditos papeles, esperando tal vez encontrar más tarde una respuesta en esa imprenta indeseada por las mismas manos que las habían concebido. Creo que los mayores comprendieron al instante y por culpa de mi expresión en el rostro, que alguna atrocidad había ocurrido, tal vez la peor, aunque no podrían haberlo imaginado jamás, pero por respeto no hicieron preguntas. Mis niñas, en cambio, tan inocentes, tan recientes de la desaparición de su madre, no tardaron en preguntarme por su querido tío, ¿y yo qué diablos debía decirles? ¿qué mierda podía explicarles?

No dije nada, endurecí el rostro, enfurecido con la desgracia que estaba golpeándome demasiado, y concentré toda mi rabia en salir de ese lugar. Fue entonces que empezamos a ver al pueblo entero escapando al mismo tiempo, algunos a pie, algunos en automóviles. Gritaban cosas ininteligibles, cosas que sin embargo parecían anunciar al mal. Fue Luciana quien puso voz a esos gritos desgarradores, y la pobre, también inocente como tantos, señalando hacia el horizonte, al pie de las montañas, preguntó serenamente «¿Esa agua no está un poco sucia?» Fue entonces que toda la tragedia comenzó a apresurar el paso, como si una vez hubiera sido descubierta ya no tuviera que mantenerse en el

sigilo y se abalanzara con rabia sobre su presa.

No pude detenerme por nadie, por el bien de mi familia y de los que llevaba conmigo, no pude salvar a nadie más que a dos personas que lograron a tiempo subirse encima. El caos gobernaba la ciudad en la medida que la misma iba encontrando su final bajo el lodo que comenzaba a descender como si fuera lava de las montañas de Calisto. Escapamos de la ciudad a eso de las 19h. Fuimos al menos 400 personas (de los miles) los que logramos salir de allí, del resto podían dividirse aquellas 700 que alguna noche (como mi Paula) se fueron caminando hacia las montañas, aquellas otras innumerables y casi la mayoría que fueron sepultadas bajo el lodo y las piedras, ¿y dónde diablos estaba Horacio?

—¡Hijo! ¡Horacio! —Gritaba desesperado mi vecino, empujando en su avance a los sobrevivientes de la tragedia— ¡Horacio! ¡Horacio!

Al mismo tiempo comenzaron a escucharse (como si la oscuridad de la vida no hubiera sido aún suficiente juego despiadado) otros nombres, también desesperados, también desgarrados por ese río de pensamientos indebidos que comenzaba a poblar las mentes de sus padres.

Le dije a mi vecino, y a otros que tampoco lograban encontrar a sus hijos, que volvería a Calisto por Paula, lo había prometido, tal vez si algunos quisieran podríamos ir de regreso a buscar a los niños que habían quedado olvidados (¿por un descuido? ¿por el destino?) en la ciudad. De modo que dejé a mis hijas con Luciana y emprendimos el viaje de regreso junto a mi vecino y otros cinco padres preocupados, pero diablos, diablos, diablos.

Jamás encontramos la entrada al maldito pueblo de nuevo.

Capítulo 12

Este relato no se trata de Calisto, ni ahonda en los misterios del diluvio, ni busca la verdad de los Pequeños Olvidados. Esta historia es sobre Mauricio Garner, un escritor, más precisamente un desgraciado. Es sobre la vida, la crueldad en sus facetas más ocultas; es sobre la soledad y los innumerables rincones del alma, de los desfasajes del tiempo, de las maldiciones y esperanzas, de los terrores ahí impresos en el aire, de las temibles fuerzas de la suerte y el destino. Nada puedo más que creer, ahora después de dos largos años de lo sucedido, que lo acontecido entonces en la cabaña, ese secreto solo susurrado a los oídos de mi primo, fuera acaso la novela o el relato que Mauricio tanto había buscado, esas palabras que jamás fueron escritas ni lo serán, más la verdad única solo quedará garabateada en retazos poco entendibles, resguardada bajo un lenguaje único, bajo una común unión entre el universo y el escritor. De esta forma, toda interpretación, todo residuo de verdad que pueda el lector descubrir bajo estas líneas, será igualmente válida a la realidad que aconteció, será igualmente injustificada e igualmente increíble e incompleta. Por lo que a mí respecta, si hay algo que me ha perseguido durante noches enteras, fue preguntarme (como quien se obsesiona con descubrir las verdades ocultas tras la verdad) si fue realmente lo relatado por Mauricio lo que sucedió en ese lugar alejado de la ciudad, si fueron acaso los fantasmas, las maldiciones indescifrables que gobernaban la arquitectura de la casa, las que pusieron fin a su vida; o fue acaso la soledad y el vacío, la desgracia y la locura lo que arrastró a esa persona (a ese irremplazable amigo) a decidir un destino que pudo alguna vez ser dictado de una manera diferente.

FIN